

vocadas por la Revolución Francesa difundieron por todos el ámbito europeo, la filosofía revolucionaria de fines del siglo XVIII. La actual desparamará la simiente del ideologismo socialista, contribuyendo a precipitar el derumbe de la burguesía. Afirmará la influencia creciente de la clase trabajadora, la cual, más consciente cada día de sí misma y de su elevado papel histórico, e intelectualmente reforzada por hombres de otra procedencia social—quienes, heridos en lo más delicado de su sensibilidad por el cuadro de la sociedad contemporánea, llena de violentos contrastes y de burdas injusticias, se pliegan al proletariado,—orientará a la sociedad por senderos pacíficos, hacia una era en la cual la justicia no sea un mito, la libertad una bella palabra y la fraternidad un cruel sarcasmo.

Para que tan venturosos ideales no se malogren, nunca, como hoy, debemos de perder de vista la finalidad del socialismo: la socialización de los medios de producción y de cambio, por remoto que se suponga su implantación integral, porque así nos preservaremos de lamentables desviaciones. Y nunca, como hoy, en que el proletariado es insistentemente reclamado a compartir las responsabilidades del poder, la levadura revolucionaria del socialismo, debe substraerse a la peligrosa contaminación del reformismo tibio. ¡Con cuánta alegría, con qué alborozo, celebrarían las clases dirigentes, la conversión del socialismo al reformismo, el abandono de la doctrina histórica de la lucha de clases en cuya substitución se trabajaría por una cordial colaboración de clases, — el reemplazo del ardiente ensueño del internacionalismo por el nacionalismo declamador y patrioterro, la visión de la sociedad colectivizada como una utopía de cándidos soñadores y la perfecta adaptación al actual orden como una realidad fructífera! A sus ojos, dejaríamos de ser "los enemigos de la propiedad, de la familia y de la patria", bandidos execrables; seríamos ciudadanos cultos, cuerdos, honestos y patriotas.

Claro es: el reformismo social, puro y simple, consolida el régimen reinante, lo torna más fuerte, más temible, más inquebrantable. Consciente de ello los estadistas perspicaces de la burguesía se apresuran a conceder y a prohiar importantes reformas sociales y económicas, como, entre otras muchas, la llevada a cabo en 1846 en Inglaterra por el célebre ministro conservador Roberto Peel, al derogar las famosas leyes restrictivas del comercio de cereales, digno coronamiento de la formidable campaña librecambista dirigida por el genio proselitista

de Ricardo Cobden y como la consumada en Alemania por la férrea administración de Bismarck al promulgar la amplia legislación acerca del seguro social. Mediante tales iniciativas los gobernantes tratan de aplacar el empuje revolucionario del proletariado, como parece haberse conseguido en gran parte con el proletariado germánico. ¡Bienvenidas sean todas las reformas que la clase obrera conquiste por su propio esfuerzo, sin claudicar de los principios que informan su acción de clase! ¡Pero rechácese con vigor todo lo que se obtenga por el procedimiento espúreo de las transigencias y de las concesiones complacientes!

¡Qué el ejemplo del socialismo alemán nos sirva de experiencia! En su seno se incubó una teoría que so pretexto de amoldar el socialismo a la realidad histórica, quebrantó la magnífica audacia de su vuelo y lo infiltró de un conjunto de nociones burguesas. Esa teoría se propagó inmediatamente a los restantes países e hizo adherentes a centenares.

No negamos que el socialismo, al rudo contacto de los hechos, científicamente analizados, modifique los postulados cuyos errores se evidencien. El socialismo, porque se nutre de la experiencia y porque es una doctrina científica y no un dogma inmutable como el de las religiones reveladas, se somete a toda rectificación que lo refuerce. En la admirable armonía entre la realidad inmediata del socialismo y la amplia teoría, que le sirve de base, en el feliz connubio de la ciencia con la acción, reside la maravillosa vitalidad del socialismo, que entre el derrumbe de tanta ideología, se vigoriza y rejuvenece sin cesar.

La profunda renovación de conceptos que la guerra operará inevitablemente, acaso someta los principios del socialismo a un nuevo análisis y pade en ella una que que otra rama vieja. Más dejará subsistentes y robustecidas, tres elementos básicos: la lucha de clases, el internacionalismo y la crítica del capitalismo. Desechará, las teorías, que a título de revisión científica, han domesticado en algunos países, el movimiento socialista, ingertando sobre su fuerte tronco algunos gajos caducos de la fronda capitalista.

La guerra europea ha derrotado ruidosamente esos conceptos. Como río salido de madre, el socialismo, dolorosamente aleccionado, se retraerá al cauce habitual del internacionalismo de verdad y al genuino principio de la lucha de clases, lo que no excluye, en forma alguna, las conquistas democráticas, que le son indispensables a su desenvolvimiento, y condicionan el rit-

mo de su avance. Si la guerra mata el excesivo oportunismo — tras el cual aparecen el imperialismo, el internacionalismo a la violeta, la colaboración de clases y otras aberraciones tomando carta de ciudadanía en el mundo socialista que nació para sepultarlas—ahoga también al tiego jacobinismo que si es útil como reacción contra el oportunismo, esteriliza toda acción eficaz. El socialismo es organización inteligente, el jacobinismo es demagogia anárquica. Sidney Webb ha dicho, con toda razón, que si el anarquismo no existiera el socialismo debería inventarlo; obraría como una válvula de escape por donde se eliminarían los elementos inasimilables, por su manifiesta incapacidad para la acción conjunta, societaria.

Si las falaces nociones del nacionalismo estrecho y de la colaboración de clases no hubieran desviado al socialismo de algunas naciones europeas, el proletariado acaso hubiera evitado la guerra. Varios miles de hombres que llevasen en sus venas unas gotas del austero heroísmo, que ha aureolado de gloria a la estirpe de los Liebnicht, hubieran bastado para neutralizar el desborde del torrente bélico.

Faltó valor en los distintos congresos de la internacional socialista para afrontar con serenidad y con franqueza el estudio de la actitud que el socialismo asumiría frente a la guerra, amarga pesadilla que embargaba todos los ánimos. Y al estallar el conflicto, el proletariado de los países cuyo choque parecía más inminente desde mucho tiempo atrás, se precipitó al campo de batalla contrariando la letra y el espíritu de la Internacional. ¡Llor a los Partidos Socialistas que en Inglaterra, Rusia, Italia, Estados Unidos etc. supieron soportar con estoica energía la arremetida furiosa del chauvinismo, votando en contra de la guerra! ¡Ellos han salvado los principios del Partido y han mantenido enhiesto el pendón de la Internacional!

La guerra confirma, una vez más, que el capitalismo no se detiene ante la violencia y el crimen; muy al contrario los utiliza en su provecho, crece y se ensancha a sus expensas. "El Estado es una confabulación de ricos que se ocupan de sus intereses personales" es hoy una verdad más intensamente sentida que en 1566 cuando Tomás Moro la enunció en "Utopía" por primera vez. En defensa de sus intereses personales los ricos confabulados han incendiado al mundo. Y el proletariado, flagelada carne de cañón, ha suministrado con inaudita prodigalidad, el combustible requerido por la gran locura.

La humanidad se encuentra aún en los prolegómenos de la civilización, en la pre-historia de la cultura, no obstante los cantos tan repetidos a su superioridad y a su grandeza. Sobre sus espaldas gravita pesadamente un Himalaya de tendencias ancestrales, de milenarismo misticismo, de errores, de rutinas, de prejuicios, de ignorancia y de intereses creados.

La fuerza bruta y el crimen gobiernan soberanos, omnímodos. Esta desoladora manera de ser si no termina con la colectivación de la riqueza, con la abolición de la propiedad privada, incentivo de tanto egoísmo cínico y de tanta maldad triunfante, no terminará nunca.

La única clase que por carecer de todo privilegio y vivir en la peor servidumbre, la económica, puede acometer la empresa titánica de socializar la riqueza, es el proletariado, el cual todavía no ha adquirido la plena posesión de sí mismo, ni ha alcanzado el grado de madurez intelectual para comprender siempre, con la claridad indispensable, donde está su interés. Explíquese por esto que se preste a ser juguete ciego de la fatalidad histórica o de la clase gobernante, que lo utiliza y lo esquilda en provecho propio.

Cuando la clase burguesa se emancipó del yugo de la nobleza y del clero depravados, superaba a ambos en moralidad, en capacidad administrativa, en ciencia, en letras, en una palabra, podía sustituirlas con gran ventaja. Igualmente la clase obrera desplazará definitivamente a la burguesa cuando sea más sabia, más inteligente, más capaz que ella, cuando de su seno surgan con frecuencia los Beethoven y los Pasteur, los Henry George y los Marx, que inunden los corazones de belleza y de bondad, y los cerebros de luz.

Mucho tenemos que andar aún. La clase obrera debe ilustrarse con los tres métodos clásicos del socialismo: el gremialismo, la cooperación y la política. Sin el gremialismo, manifestación primordial, casi instintiva, de la lucha de clases y sin la cooperación "embrión de la sociedad futura", manifestación inteligente, evolucionada, de la misma lucha, la política se resiente seriamente; ausente el apoyo de la clase obrera, organizada económicamente, el socialismo corre el riesgo de canalizar su cauce por rumbos desviados; el éxito electoral de medio se convierte en fin, la doctrina se archiva como una curiosidad histórica; la actividad cultural, iluminadora de todas las demás, se desenvuelve languidamente. Y sobre bases tan deficientes nada sólido puede realizarse. Las obras de grandes alientos, como las que el socialismo emprende, son pospuestas a la conquista de algu-